

<https://doi.org/10.29393/At401-92NNFA10094>

Noche de las noches, de ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

La terrible incógnita de la muerte inspiró también al poeta Angel Cruchaga Santa María un original poema en prosa, escrito en San Bernardo hace 26 años y publicado este año en la colección "El Viento en la Llama".

La prosa poética es una musa huraña, no acude así como así al llamado del artista creador; no cualquier ensayista y poeta acierta cuando la intenta; en este difícil género no hay término medio: o se logra plenamente la belleza o se cae en lo cursi y amanerado.

En Chile son poquísimos los cultivadores de la prosa poética; su creador, indiscutiblemente, es el jesuita Alonso de Ovalle, en la *Histórica relación del Reino de Chile*, joya literaria que, aunque parezca raro, no se ha reeditado aquí y actualmente nadie puede leerla; enseguida pasan más de dos largos siglos y nos encontramos con Pedro Balmaceda Toro, A. de Gilbert, estilista muy olvidado; luego viene Pedro Prado con su *Alsino* y *Un juez rural* y finalmente aparece Augusto D'Halmar. Cada uno posee su propio estilo que no es del caso analizar ahora, pero todos enjoyaron su prosa fina y sensible en el ritmo y la metáfora de la poesía; algunos, como Alonso de Ovalle y Pedro Prado, alcanzaron mayor perfección artística y la armonía de la forma no decae nunca, conserva siempre esa nobleza, gravedad, donaire y reciedumbre de la genuina expresión poética.

Angel Cruchaga Santa María, poeta de los mejores de nuestra tierra, no le va en zaga a Ovalle y Prado; en su poema *Noche de las Noches*, escrito en la madurez de su vida y dado a luz a los setenta años, como en la mayor parte de su obra en verso, se mezclan sus temas favoritos del amor y la religiosidad.

El personaje central del poema es un hombre que abandona la terrena morada y sale en viaje hacia "un país remoto", desconocido: "¿En qué zona entraba? ¿En qué país lento de humo?...". "¿Este es el morir? pensaba". "¿Esta es la trizadura definitiva de mi espejo? ¿Acaso mi afán de cielo impedía que la muerte borrara para siempre mis sentidos? Sólo sabía que aún en ese estado sutil, te recordaban mis brazos, mi boca, mis cabellos grises. Vestías de negro en la orilla del otro mar donde las Estaciones despliegan sus clámides lamidas por soles inmensos y ondulantes lluvias"... "La frente se me cayó en el alma como un aletazo".

De súbito, "entre llamas", vio aparecer la cruz; entonces le abandonó el miedo y renació en el viajero la esperanza. "Más allá de las flores, del ensueño, de la mujer querida hasta el llanto, te encuentro a tí, salvadora en el turbión definitivo. Era preciso morir y entrar en las moradas sin voz para hallarte, piedra preciosa de mi Dios"... "Detenido en mi sollozo, abierto como una poma, exalto tu presencia en la muerte".

El viajero sonámbulo "quería romper las ligaduras" que le ceñían para aparecer otra vez en la Tierra porque oía el llanto de la mujer "que fuera amor y milagro". Le aterraba la muerte y con todo su ser gritaba ¡Vivir! ¡Vivir!

Soñaba con entrar de nuevo en la vida, le invadía un miedo desconocido, "sentía en mí cerrarse el horizonte"; con sollozos de amor clamaba por una segunda vida. "La lejanía de la tierra" le desgarraba; "la voz del hijo llovía en mi lágrima". "Todo le llamaba a la vida en un grito".

Más tarde le sale al encuentro "La voz de los siete mares" y ella clama por su vida; la mujer también le llamaba y, al escuchar "el canto de los mares", tuvo "la certidumbre de una próxima alborada".

"La montaña que es amparo y luz inmóvil le llama desde su cumbre com-bada como un pecho". "Era de noche y la Cruz del Sur se prendió en el hombro de tu muerte", susurró la montaña; "¿Pero un poeta puede morir? Vendrás a mí otra vez coronado por el arcoiris estremecido de espumas, ab-sorto como las pupilas del primer hombre en el alba del Paraíso".

Luego aparece "el día" que ofrece al viajero "los perfumes de los árboles para que restañes tu herida abierta en la muerte". Viene la noche en pos y le dice: "En ella vivirás tú como la miel en la abeja delirante penetrado de altura en el ciprés de mi cuerpo inmóvil".

Inquieto miró hacia la tierra, desde donde escuchó la voz del Hijo desco-nocido: "He arrojado al agua del arroyo mis pupilas para que te buscasen en tu fuga y no cierro los ojos a mi noche antes de explorar la región del cielo por la cual creo que has huído". Al sentir la voz del hijo, el viajero quiso "llorar, reír". "Pongo mi oído en la tierra y siento como golpea al andar el pie dorado de la esperanza! . . .".

Por fin rompióse la malla sutil del misterio: "dos fuerzas me llamaban como dos vorágines, la mujer que no pudo olvidar y el hijo ¡mi hijo! cuyo rostro me era más desconocido que la Muerte".

"Trémulo y sollozante penetré por segunda vez en el mundo. Iba desnudo, dorado como un caracol de las estrellas: era de ámbar y de marfil . . . Las sienes me temblaban como el nacimiento de un pájaro en las manos".

Bello y emotivo soliloquio éste de Angel Cruchaga Santa María, hecho con fibras de ternura y religiosidad, en el cual si es cierto que hay tristeza y duda, predomina el optimismo y un aliento de vida: "¡Cantemos al hijo de piedra y espuma! ¡Ah, cantemos a la resurrección agitando las palmas a la pasmosa Epifanía! ¡Cantemos! ¡Cantemos!". Hermoso cántico, verdadero hosanna de triunfo.

Premios Nacionales de Literatura. Juan Guzmán Cruchaga,
de RADOSLAV IVELIĆ. Editorial del Pacífico, 1963

El profesor de Literatura del Instituto Pedagógico de la Universidad Católica, Radoslav Ivelić, hace honor a su atavismo europeo en el medular y liviano ensayo sobre Juan Guzmán Cruchaga, editado en la serie de cuadernos *Premios Nacionales de Literatura*. Hace honor a su atavismo europeo porque no siempre los escritores de origen hispanoamericano logran realizar obras tan vigorosas como ésta del catedrático Ivelić, en la cual se aunan maravillosamente el estudio serio y comparado de la poesía de Juan Guzmán Cruchaga con la sencillez, buen gusto y agilidad de estilo.